

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO,

PUESTO BAJO LA PROTECCION ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTIFICE.

**COLABORADORES.**  
Bremón (Ilmo. Sr. D. José María).  
Catalina (Excmo. Sr. D. Severo).  
Cueto (Excmo. Sr. D. L. A. de).

Fabraquer (Excmo. Sr. conde de).  
Fernández Bremón (D. José).  
Forteza (D. Guillermo).  
Frontaura (D. Carlos).

Garrido (D. Estéban).  
González de Tejada (D. José).  
Hoz y de Liniers (D. V. de la).  
Lafora (D. Juan Bautista).

Mendoza de Vives (S.ª D.ª María).  
Mestre y Marzal (D. Carlos).  
Pérez Guzmán (D. Juan).  
Pulido y Espinosa (Ilmo. Sr. D. J.).

Rodríguez Cortina (D. Federico).  
Sabando (D. Julian Manuel de).  
San Javier (vizconde de).  
Selgas (D. José).

Serrano (D. Gaspar Bono).  
Silló y Gutiérrez (D. Evaristo).  
Sinués de Marco (S.ª D.ª M. del P.).  
Tamayo y Baus (D. Manuel).

PRINCIPALES ESCRITORES SAGRADOS CUYAS OBRAS HAN DE SER CONSULTADAS Ó REPRODUCIDAS EN EL CURSO DE ESTA PUBLICACION.

SANTA TERESA DE JESÚS.  
SAN AGUSTÍN, ob., dr. y fr.  
SAN BUENAVENTURA, ob. y dr.  
SAN JERÓNIMO dr. y fr.  
SAN IGNACIO DE LOYOLA.  
SAN JUAN CRISÓSTOMO, ob. y dr.

BALMES (D. Jaime).  
BAUTAIN (abad).  
BOSSUET (obispo de Meaux).  
BOUDALOUX (P. Luis).  
DONOSO CORTÉS (D. Juan).  
DUPANLOUP (ob. de Orleans).

FENELON (arz. de Cambray).  
FLECHIER (ob. de Nîmes).  
FLEURY (abad).  
FLOREZ (P. Mtro. Enrique).  
GALLEGO (D. Juan Nicasio).

GRANADA (Fr. Luis de).  
GRATRY (abad).  
LACORDAIRE (P. J.).  
LEON (Fr. Luis de).  
LISTA (D. Alberto).  
MADRIGAL (D. Alonso de).

MALLEBRANCHE.  
MARIANA (P. Juan de).  
MASCARON (ob. de Agen).  
MASSILLON (ob. de Clermont).  
MATHIEU (cardenal).  
MONTALEMBERT (conde de).

PADRE FELIX (de la C.ª de Jesús).  
POSADA RUBIN DE C. (patriarca).  
RAVIGNAN (J. Adrian de la Cruz).  
SCIO DE SAN MIGUEL (D. Felipe).  
VEUILLOT (D. Luis).  
WISSEMAN (cardenal).

DIRECTOR: ILMO. SR. D. JOSÉ PULIDO Y ESPINOSA.

## SUMARIO.

**Sección biográfica:** EL ABATE MARCHENA, por D. Gaspar Bono Serrano (conclusion).—EL PADRE FLOREZ.—**Sección monumental:** NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.—**Variedades:** EMMANUEL, leyenda, por D. Severo Catalina.—**Sección recreativa:** LAS ÁNIMAS, por D. Carlos Frontaura (continuación).—**Sección poética:** AL ANIVERSARIO DE LA INAUGURACION EN ESTA CÔRTE DE LA ESCUELA DOMINICAL BAJO LA ADVOCACION DE SAN VICENTE FERRER, oda, por D. Gaspar Bono Serrano.—**Miscelánea.**

**Grabados:** EL PADRE FLOREZ.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

## SECCION BIOGRÁFICA.

## EL ABATE MARCHENA.

(Conclusion.)

No dejaba de ser verosímil aquella invención, á causa de las numerosas lagunas que ofrece el satírico de Petronio. Marchena habia llenado una de ellas con tal artificio y destreza, que su adición parecia necesaria para la inteligencia y complemento del texto. Publicado el pretendido fragmento, se hizo una formal averiguacion, y algunos literatos lo tuvieron por original de Petronio, y su autenti-

cidad fué reconocida y anunciada en los periódicos por uno de los más distinguidos críticos de Alemania. Alentado Marchena con el feliz éxito de su ingeniosa superchería, quiso repetirla, pero no pudo conseguir el segundo lauro á que aspiraba. Fingió que habia descubierto en un papiro del Herculano cuarenta versos inéditos del delicado y tierno Catúlo. Pero Eischtaedt, eminente profesor de Jena, hizo patente la falsificación. Más feliz fué en esta parte algunos años despues el poeta italiano Leopardi, cuyo himno original á Neptuno (como dice mi docto amigo el Sr. Valera), *pasó entre los más eruditos y perspicaces por traduccion de un manuscrito griego recién descubierto*. De todos modos, el humanista español se acreditó en toda Europa de un gran latinista.

Otra prueba dió poco despues de su talento, y sobre todo de su capacidad para aprender los más difíciles idiomas. Moreau pidió á su secretario la estadística de una parte no muy conocida de Alemania. No sabía entonces Marchena el alemán. Pero comenzando á estudiarlo inmediatamente con ardor y constancia, pudo muy pronto leer las mejores obras escritas en aquel idioma, que trataban de la

materia. El informe que dió fué tan cumplido, que mereció los más entusiastas elogios. Cuando Moreau cayó en desgracia, volvió á París, y Marchena tuvo la hidalguía de acompañarle en la adversidad, como le habia acompañado en los dias de su prosperidad y de su gloria.

Tan noble comportamiento influyó en la colocacion de Marchena en 1808, en el que volvió á España como secretario de Murat. Pero no bien llegó aquel á Madrid, fué encerrado en un calabozo de la Inquisicion. El Príncipe francés intercedió en su favor con don Ramon José de Arce, Inquisidor general y Arzobispo de Zaragoza, aunque inútilmente, porque el prelado se negó con firmeza á dar libertad al preso. Entonces Murat envió una compañía de granaderos, que sacó á su secretario de las prisiones del Santo oficio. Marchena, en venganza, escribió contra aquel tribunal el siguiente epigrama, tan escaso de sal y de chiste como lleno de hiel y ponzoña, y que revela únicamente la irritacion y la ira del autor, y su ineptitud además para las composiciones favoritas de Marcial y de Quevedo.

La horrible Inquisicion, ese coloso  
Que del cieno nació del Flegetonte,  
Y mamó de Megera el ponzoñoso



Jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,  
Aun agita sus teas horroroso,  
Y entre ruinas descuella, cual el monte  
De Olimpo en Grecia misera desierta  
Su frente esconde entre las nubes yerta.

Bien diferentes son los bellos y sencillos versos que dejó escritos el sábio y humilde Fr. Luis de Leon en las paredes de la Inquisición de Valladolid.

Algo más vale otro epigrama que escribió Marchena para ridiculizar la traducción de la tragedia de Voltaire, *La muerte de César*, publicada entonces por el ministro Urquijo.

Dice así:

Ayer en una fonda disputaban  
De la chusma qué dramas escribía,  
Cuál entre todos el peor sería:  
Unos Mocin, Comella, otros gritaban:  
El más malo de todos, uno dijo,  
Es Voltér, traducido por Urquijo.

Si Marchena no era poeta epigramático, como se ve por las anteriores muestras, tenía gran disposición para la poesía elevada, como probarán los versos que insertaré al fin de este artículo.

El gobierno del Rey José nombró al vate redactor de la *Gaceta de Madrid* y archivero mayor del Ministerio del Interior, concediéndole además una pensión para publicar sus traducciones del francés. Las dos que hizo en verso del *Hipócrita* y del *Misántropo*, de Moliere, se representaron con aplauso varias veces en los teatros del Príncipe y de la Cruz, y en recompensa fué nombrado *caballero de la orden española*, instituida por José Napoleón. Moratin solía llamar á esta condecoración la *Cruz del Pentágono*, aunque también tuvo la triste gloria de adornar su pecho con ella.

Cuando dicho Príncipe se vió precisado á salir de Madrid, amenazado muy de cerca por nuestras armas vencedoras, y retirarse con su ejército al reino de Valencia, Marchena siguió la corte del intruso con los Ministros, Consejeros y demás comprometidos por aquella causa. En la ciudad del Cid solía reunirse casi todos los días con algunos literatos y poetas de su partido en la librería de don Salvador Faulí, en la que hacía procáz alarde de sus opiniones antireligiosas. Melendez, Quinto, Moratin y otros de sus compañeros impugnaban sin tregua al impío abate, que con sus grandes conocimientos y verbosidad inagotable se defendía vigorosamente contra todos. Podía aplicársele muy bien lo que de Ismael dice la Santa Escritura: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum*.

El mencionado librero, que tenía hijos de corta edad, á quienes deseaba educar cristianamente, escandalizado con las peroratas sa-

crilegas de Marchena, fué á visitar á éste en su propia casa, para suplicarle que se abstuviese de aquellas conversaciones delante de su familia. Mas no fué poco su asombro al encontrar al volteriano disputador muy engolfado en la lectura de la *Guía de pecadores* del venerable Fr. Luis de Granada. Viendo pintadas Marchena en los ojos del timorato Faulí la admiración y la sorpresa, le dijo sonriendo, y con la mayor formalidad, las siguientes inesperadas palabras:

«No es extraño, que V. se espante de verme tan embebecido estudiando este libro piadoso. Pero va V. á espantarse mucho más de lo que va V. á oír, advirtiéndole que es la pura verdad. ¿Ve V. este volumen, que por lo ajado manifiesta haber sido tan manoseado y leído como los Breviarios viejos en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues consiste en que hace más de veinte años que lo llevo conmigo, sin que se pase día en que yo deje de leer algunas de sus páginas. El me acompañó en tiempo del terror en los calabozos de París, él me siguió en las precipitadas marchas con los Girondinos, él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me sucede con este libro una cosa, que no puedo explicarme á mí mismo. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que mientras lo estoy leyendo, me parece que soy tan cristiano como V., y como las monjas y como los misioneros que van á morir por la fé católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma un libro tan admirable.»

Este hecho tan extraño lo oí en Valencia de boca del mismo Faulí en 1827. Me dijo también que había llamado mucho la atención de los compañeros de Marchena, cuando supieron el caso. Años después me hizo referencia del mismo suceso el Sr. D. Juan Nicasio Gallejo, que lo había sabido por un amigo del abate, á quien éste se lo había contado.

Después de la memorable batalla de Vitoria, en que José Napoleón fué arrojado del territorio español, Marchena se retiró á Francia, fijando su residencia, primero en Nîmes y después en Montpellier y Burdeos. En 1820 volvió á Madrid, pero ni en el Gobierno ni en los particulares halló simpatías, por haber servido á Murat, que tan tristes recuerdos dejó en la corte y en toda la nación con los horribles sucesos del 2 de Mayo. A principios del siguiente año terminó infelizmente sus días, olvidado de todos, y en el mayor abandono y pobreza. Solo después de su fallecimiento se acordaron de él algunos afrancesados, que hicieron sus funerales con alguna pompa, pronunciando en su elogio algunos discursos.

Publicó muchas traducciones del inglés y del francés, y varias obras originales en prosa y verso. Conocía muy á fondo los clásicos griegos y latinos, y se esforzó con buen éxito no pocas veces por imitar las admirables bellezas de aquellos modelos de la antigüedad. Quiso latinizar en cierto modo la lengua de Cervantes, introduciendo en ella los más osados giros y el hipérbaton de Cicerón y de Horacio.

Su tragedia titulada *Polixena*, escrita en *vigorous y magníficos versos*, como dice mi ilustrado amigo el Sr. Fernandez Espino, es muy digna de figurar al lado de la *Raquel* de Huerta, de la *Numancia* de Ayala, del *Pelayo* de Quintana y del *Edipo* de Martínez de la Rosa. Sus traducciones de las dos preciosas comedias de Moliere, *El Avaro* y la *Escuela de las mujeres*, están hechas con maestría. También tradujo del francés la comedia el *Amigo de los hombres* y el *Egoísta*, y finalmente, *Los dos yernos*.

Sus *reflexiones sobre los emigrados franceses*, que escribió en compañía de Valmalette, se publicaron en París en 1795, y al año siguiente su *Espectador francés*, y en 1797 su *Ensayo de teología*, que fué refutado por el doctor Heckel. Los *Anales de viajes* insertaron su *Descripción de las provincias vascongadas*. Escribió también la biografía de Melendez Valdés, que no pudo imprimir, sorprendido por la muerte.

La obra que tal vez ha dado más á conocer su nombre entre los que cultivan las letras, es la que publicó en Burdeos á principios de 1820, y se titula *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, que es una colección de los mejores trozos de nuestros más distinguidos poetas y prosistas. Precede un largo discurso preliminar, que está escrito con saña verdaderamente volteriana. No eran de esperarse los rasgos de impiedad y de cinismo que hormiguean en aquel opúsculo, cuyo objeto no debió ser otro que recomendar á la juventud las joyas más preciadas de nuestra literatura, que él por otra parte supo escoger y reunir en su libro con mucho acierto. Este era Marchena. Si se levantara del sepulcro los venerables Juan de Avila, Leon y Granada, los piadosos y respetables Mariana, Rioja, Herrera y Solís y tantos otros ilustres y cristianos varones, cuyos nombres y escritos aparecen allí, precedidos de aquella infame sátira de su religion y de su patria, protestarian á la faz del mundo con toda la enérgica y sublime elocuencia de que eran capaces, contra el audaz y sacrilego libelista, que no se avergonzó de falsificar nuestra historia civil y literaria para aclimatar en España, aunque inútilmente por fortuna, los funestos errores en que él estaba tan imbuido y obcecado. Nadie diría que es el autor de algunas



estrofas de su ya citada *oda á Cristo Crucificado*. Hélas aquí:

Cuanto el Verbo divino,

No cuando inmenso en piélago de gloria

Mas allá de mil mundos resplandece,

Y los celestes coros de continuo

Dios le aclaman, y el padre se embebece

En la perfecta forma no criada;

Ni cuando de victoria

La sien ceñida el rayo fulminaba,

Y de Luzbel la altiva frente hollaba

Lanzando al hondo infierno

Entre humo pestilente y fuego eterno,

La huéste contra el padre levantada.

No le canto tremendo

En nube envuelto horrisono tonante

Severas leyes á Israel dictando,

Del Faraon el pecho endureciendo,

Sus fuertes en las olas sepultando,

Que en los abismos de la mar se hundieron;

Porque en brazo pujante

Tú, Señor, los tocaste, y al momento,

Cual humo que disipa el raudo viento,

No fueron, la mar vino,

Y los tragó en inmenso remolino.

Y Amon y Canaan se estremecieron.

Ni en el postrero día

Acrisolando al orbe con su fuego,

Le cantaré, su soplo penetrando

Los vastos reinos de la muerte fria,

Que arrancarse su presa vé bramando.

Truena el Verbo, los mundos se estremecen,

Al voraz tiempo luego

La eternidad en sus abismos sume,

Y lo que es, fué y será, todo consume:

Empero eterno vive

El malo, eterna pena le recibe,

Los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero

Por los humanos en la Cruz clavado,

El alma cielo uniendo al bajo mundo,

Libre ya el hombre, y el tirano fiero

Por siempre encadenado en el profundo

Infierno con coyundas de diamante,

Do el pendon del pecado

Tremolaba, brillando la cruz santa

Tu Cruz, que al Rey del hondo abismo espanta,

Cuando al oscuro imperio

Descendiste, del duro cautiverio

Tus escogidos á librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,

Fiero enemigo del mortal linaje?

¿Do los blasones, que te envanecian?

¿Do está de Adán la culpa y su memoria?

¿Do los que Rey del siglo te decian?

¿Cómo el Hijo del hombre tu cabeza

Quebrantó con ultraje?

Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,

Tú que la erguida frente levantabas,

Más que de Horeb la cumbre,

Oh coloso de inmensa pesadumbre,

Yaces, postrada al suelo ya tu alteza, etc.

Los anteriores versos prueban, en mi opinion, lo que ya llevo indicado, á saber: que si el vate de Utrera hubiera sido sinceramente religioso, y se hubiera dedicado con asiduidad á la poesía sagrada, para la que le adornaban las más bellas dotes, no solo hubiera dejado en la

historia de nuestra literatura un renombre tan esclarecido como envidiable, sino que tal vez la nacion española no tendria que envidiar el día de hoy ni á Inglaterra su Milton, ni á la Alemania su Klopstock, ni á Italia, en fin, su divino cantor de la *Jerusalén libertada*.

GASPAR BONO SERRANO.

## EL PADRE FLOREZ.

Este insigne varon, cuyo retrato publicamos hoy, nació en Villadiego, provincia de Búrgos, en 21 de Julio de 1702. Llamábanse sus padres don Pedro José Florez de Setien Calderon de la Barca, y doña Josefa Huidobro y Puíles, ambos de nobilísima estirpe.

Desde la infancia manifestó Enrique Florez la mayor dulzura, la más tierna piedad, y una elevada y clara inteligencia, enriqueciendo todas estas cualidades por su amor al estudio.

Hizo sus primeros estudios en el Barco de Avila y en el convento de Padres dominicos de la villa de Piedra-Hita, donde con el buen ejemplo de sus maestros, empezó á cobrar afición á la vida monástica.

Los padres quisieron contrariar esta vocación, pero hubieron de ceder, en vista de la inquebrantable resolución del jóven, que ya con asentimiento de los autores de sus días principió su noviciado en Salamanca. Siguió estudiando artes y teología, y en 1725 se ordenó de sacerdote, celebrando su primera misa en el convento de San Felipe el Real, en Madrid. En 1729 fué recibido de doctor en la Universidad de Alcalá.

Después de haber adquirido una envidiable reputación de orador sagrado, y con una erudición vastísima y un profundo saber, empezó á escribir, siendo su primera obra el *Curso de teología escolástica*. El sabio P. Manso dijo de Florez, al ver sus primeros trabajos literarios: *Gozaba de las preeminencias del cedro que da el fruto en la flor*. En 1736 dió fin á su *Teología*, que se componia de cinco tomos. En 1740 tradujo del portugués *Las virtudes de la virtud*. Más adelante publicó su *Clave historial*, libro magnífico y que tuvo gran aceptación. En 1744 publicó dos tomos titulados *Obras de la madre Ceo*. En 1747 empezó la impresión de la *España Sagrada*. Al mismo tiempo que publicaba esta grande obra, escribía, pensionado por el rey, el *Teatro eclesiástico de España*, y en corto espacio publicó además los *Elogios de San Fernando* y el *Tratado sobre la utilidad y frutos que se sacan de la Historia natural*.

Sería muy largo enumerar todas las obras del P. Florez, que solo por su *España Sagra-*

da merece renombre universal. Fué gran maestro en pintura y grabado, y de él se conservan dibujos, mapas y medallas de gran primor. Escribió innumerables libros, con su nombre unos y anónimos ó con seudónimos otros, fué modelo de todas las virtudes cristianas, y á pesar de ocupar altos puestos, y merecer por su talento la amistad de las primeras familias del reino, nunca hubo en él un solo rago de inmodestia. Humilde, frugal, estudioso, caritativo, murió el 6 de Mayo de 1773, siendo su muerte universalmente sentida por religiosos y seglares y por la corte, que distinguía justamente al P. Florez, á quien tanto deben las ciencias religiosas, y cuyos libros no dejan de figurar en la Biblioteca de todo sacerdote

## SECCION MONUMENTAL.

### NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

Hacia la mitad del siglo III, según relación de San Gregorio de Tours, vino San Dionisio de Roma á París á predicar el Evangelio. Entonces no era mas que una villa bastante oscura: nada hacía preveer los destinos que la reservaba el porvenir. Verificó el apóstol numerosas conversiones, y en premio de tantas conquistas recibió la palma del martirio durante la persecución de Decio, así como sus dos compañeros, el sacerdote Rustico y el diácono Eleuterio.

Si la historia no nos hubiera trasmitido las principales circunstancias de la predicación y de la muerte gloriosa de San Dionisio, las hallaríamos en la tradición y en los monumentos.

No hace un siglo se enseñaba en Nuestra Señora de los Campos una cripta donde se congregaban los fieles

En San Benito se eleva una capilla sobre el lugar de un monasterio, en donde según antigua inscripción, San Dionisio había pronunciado por primera vez el nombre de la Santísima Trinidad en las riberas del Sena. Una antigua iglesia contiene su sepulcro, y la gran Basílica, tan célebre por los sepulcros de los reyes de Francia, conserva preciosamente sus reliquias después de la traslación que se hizo en el reinado de Dagoberto I.

A fines del siglo IV, se erigió una iglesia en la Cité de París, al borde del Sena, como nos muestra el historiador de San Marcelo. Han atribuido la construcción de esta catedral á la munificencia de Dagoberto I, cuando no fué mas que su restaurador.

San Fortunato, Obispo de Poitiers, nos ha dejado la descripción en uno de sus poemas. El alaba su magnificencia, las columnas de



mármol, el pavimento de mosaico, los vidrios que los primeros rayos del sol hacen brillar de un modo extraordinario, los artesonados y los muros.

Un descubrimiento curioso ha venido á confirmar y esclarecer en 1847 lo dicho por San Fortunato; han hallado en una excavación practicada en la plaza de Parvis, los cimientos de esta Basílica, una parte del mosaico, compuesto de fragmentos de mármol de diversos colores, tres columnas en mármol de Aquitania, un bello capitel corintio en mármol blanco, en el cual los anticuarios han reconocido los caracteres de la escultura merovingia. El monumento de París presenta sin duda el mismo aspecto que las basílicas de los primeros siglos, que se conservan en Roma y en otras ciudades de Italia.

No nos detendremos en buscar mas que lo que debe ser la Basílica de Childer y de San German. San Gregorio de Thours nos dice que en su tiempo la catedral de París se componia de dos templos contiguos: el primero dedicado á San Estéban, y el segundo á la Santísima Virgen. Despues de esto se elevaba el baptisterio bajo el título de San Juan, en donde Santa Genoveva vino á orar, y el oratorio de San Cristóbal, que más tarde debia ser reemplazado por el Hotel Dieu. En 823 un Concilio, al que asistieron 25 Obispos, fué celebrado en la nave de la iglesia de San Estéban. Algunos años despues, Carlos, el Calvo, en un diploma dado en 861, llama la catedral de París á la iglesia de Santa María.

Apénas sentado en la silla episcopal, Mauricio de Sully resolvió reedificar la catedral, y se ejecutaron los primeros trabajos, siguiendo el texto de la inscripcion grabada sobre su tumba. El genio atrevido de este obispo rayaba en audacia; ninguna dificultad le arredraba.

Sully no perdona trabajo ni dinero para continuar la obra de sus predecesores. La fachada principal no fué concluida hasta el episcopado de Pedro Nemours, que dirigió la diócesis de París desde 1208 hasta 1219. Las portadas laterales fueron armadas despues, y una inscripcion grabada en la base de la

portada meridional, atestigua que en 1257, el maestro Juan de Chelles comenzó esta obra en honor de la Madre de Dios. San Luis reinó por esta época y Renan de Corbeill ocupó la silla de París.

Tal es la historia abreviada de la construcción de Nuestra Señora de París. Antes de concluir el siglo XIII, estaba enteramente concluida, segun los planos primitivos. En estos planos no habia capillas á lo largo de la nave, disposición generalmente adoptada en los edificios de la primera época de la arquitectura ojival, y que se encuentran aun en Chartres y en Reims. Hacia 1270, Juan de París, arcedia-



EL PADRE FLOREZ.

no de Soissons, dejó cien libras tornesas para ayudar á levantar las capillas laterales de Nuestra Señora, que se elevan entre los pilares de las naves. El canónigo Pedro de Fayel dió doscientas libras para ayudar á esculpir las historias alrededor del coro, comenzadas por el maestro Juan Rabi, y concluidas por el maestro Juan Bouteiller en 1351. El edificio está, aunque completo, rodeado de las dependencias necesarias á una catedral, tales como el palacio episcopal, la sala capitular, el tesoro de las reliquias, vasos sagrados, joyas y ornamentos sacerdotales, el claustro, la biblioteca, las escuelas, el Hotel Dieu y los tribunales eclesiásticos.

La historia de Nuestra Señora se lee en mil ocasiones en la historia de la monarquía francesa. Sería preciso llenar muchos volúmenes para contener la simple relacion de las solemnidades nacionales, bautizos de príncipes, casamientos y funerales de reyes y tratados de paz que se han celebrado en esta iglesia. A cada advenimiento de un nuevo monarca, venía á este augusto templo á depositar su corona á los piés de aquel que juzga los pueblos y los reyes. Antes de partir á la guerra venian á pedir proteccion al cielo para sus armas, y en la gloria del triunfo á rendir mil acciones de gracias al Dios de los ejércitos.

No dejaremos de mencionar una costumbre suprimida en 1472. Hasta aquí los médicos, los hombres de ciencia y la mayor parte de los eclesiásticos, tenían sus reuniones en Nuestra Señora.

Bajo el reinado de San Luis, el 12 de Abril de 1229, el conde de Tolosa, Raimundo VII, fué absuelto del crimen de heregía en esta iglesia. Habia incurrido en las censuras de la iglesia, por haber prestado auxilio á los albigenses en las monstruosas doctrinas sobre los fundamentos de la sociedad religiosa y de la sociedad civil.

En 1302, los estados generales del reino se reunieron en Nuestra Señora, por convocación de Felipe el Hermoso. Dos años despues, en 1304, el mismo rey ganó á los flamencos la famosa batalla de *Mon-en-puelle*. Felipe el Hermoso, héroe de esta batalla, entro á caballo en Nuestra Señora para

dar gracias á Dios. En memoria de este hecho, y en señal de reconocimiento, la estatua ecuestre de este príncipe fué colocada, por orden suya, sobre la capilla de la Santísima Virgen.

Un siglo más tarde fué colocada á la entrada de la iglesia otra estatua no ménos notable: es esta una estatua colosal de San Cristóbal, ejecutada por Fray Antonio de Sars, hermano de Pedro de Essarts, célebre preboste de París. Pedro Essarts, empeñado en las violentas querellas de los Armagnacs y Bergogneses, fué decapitado por aquellos despues de haber decapitado á Juan de Montagu, su pre-



decesor. Esta estatua fué destruida en 1784: tiene cerca de ocho metros de altura.

En otro tiempo, las naves, el coro y las capillas de Nuestra Señora, estaban llenas de lápidas funerarias: estas piedras cubrían los restos de personajes ilustres de la Iglesia y del Estado.

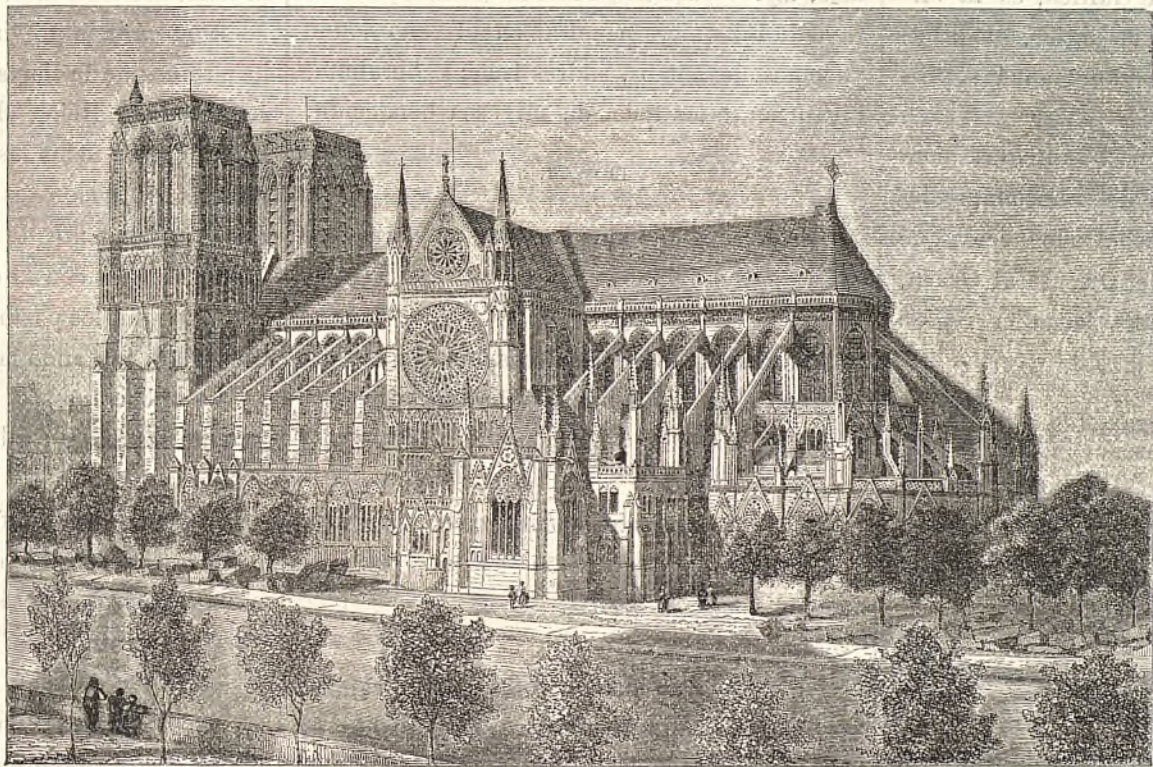
Un siglo después que las bóvedas de Nuestra Señora repitieron los nobles acentos del elocuente obispo Meau, se estremecieron á los gritos tumultuosos de una horda delirante. La revolución acababa de llamar á las puertas de la Basílica, depositaria de los más grandes recuerdos de la monarquía.

Víctima de un ciego furor, Nuestra Señora perdió sus más bellos ornamentos. Robaron su tesoro en donde la piedad había acumulado miles de objetos preciosos, en donde el arte había desplegado todos sus recursos y había prodigado objetos más delicados y más estimados de los hombres por su valor artístico que por el oro, la plata, las perlas y pedrerías. Cuando lucieron días mejores, la religión tomó posesión de su templo, y poco después un guerrero victorioso recibía la corona imperial de manos del soberano Pontífice. Napoleón hizo entrar en ella sus águilas victoriosas. También Napoleón III entró en ella á la cabeza de todos los grandes cuerpos del Estado, para dar gracias á Dios por el triunfo de sus armas en Crimea.

La hora de las reparaciones comenzó para la venerable Basílica, testigo y víctima de tantas revoluciones. Una sacristía destruida por la revolución de 1830, acaba de ser reconstruida sobre el sitio del palacio de los Arzobispos. Esta catedral se embelleció al interior y al exterior. El plano de Nuestra Señora de París tiene la forma de una cruz latina, y ofrece las dimensiones siguientes: longitud total, 130 metros; altura de las bóvedas, 35 metros; altura de las torres, 68 metros; se cuentan cinco cúpulas; treinta y siete capillas; tres rosetones de más de trece metros de diámetro cada uno, ciento trece ventanas, setenta y cinco columnas ó pilares aislados, y doscientas ochenta y siete columnas, comprendidas las de segundo orden. Tiene seis puertas y una escale-

ra de 380 escalones, que conducen á la plataforma de las torres. El aspecto de la fachada es imponente.

Los inteligentes han observado que las proporciones están admirablemente calculadas; esta masa, que el vulgo encuentra demasiado pesada, está ingeniosamente dispuesta: la fuerza necesaria á un gran edificio, no está disimulada por los adornos y está á la vista. Así es, que según palabras de un historiador antiguo, «la masa inspira una especie de terror religioso,» mientras que la mirada, encantada por el orden de las figuras y de los bajos relieves, se para á considerar el conjunto y la infinidad de detalles de esta vasta composición.



NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

## VARIEDADES.

### EMMANUEL. (1).

#### I.

A la caída de una tarde melancólica de invierno, un anciano, grave como la majestad y apacible como la virtud, camina por las veredas de la Judea, acompañado de una hermosísima mujer, y por cuyas pupilas asoma la luz del cielo, y en cuyos labios juguetea la sonrisa de los ángeles.

—¿Falta mucho, esposo mío? dice la joven peregrina; y era casta como la fuente sellada, y pura como la rosa de Jericó.

(1) Fiados en la amistad que nos une con el autor de esta preciosa leyenda bíblica, la publicamos, seguros de que ha de agradar á nuestros lectores.

—Mucho, señora, replicaba el anciano; y era el esposo de la doncella. Y la doncella se fatigaba, porque en su seno traía el tesoro de los cielos y la tierra.

Nunca han visto los cielos y la tierra comitiva tan solemne: el sol se había ocultado detrás de las rocas, y la luna bañaba con resplandeciente claridad los campos, tantas veces recorridos por Abraham é Isaac: las estrellas se agrupaban en mayor número, como si se vistiera de gala el firmamento; las palmeras inclinaban respetuosamente sus ramas; las flores silvestres doblaban su tallo en señal de reverencia; los arroyos pasaban sin ruido; el viento enmudecía; la naturaleza suspendía la respiración por no perder ni un acento, ni un suspiro siquiera de aquellos santos viajeros.

—En este campo que huella nuestra planta, decía el esposo, bajo este cielo que cubre nuestras cabezas, oyeron algún día nuestros padres la voz misteriosa que los bendecía, el santo oráculo que les anunciaba descendencia incontable como las arenas del mar, como los astros de la inmensa bóveda azul; en noche serena como esta, emprendió Abraham su viaje al monte Morhya; la noche se aproximaba cuando Isaac, orando en el campo, vió de lejos la comitiva de Rebeca; la noche cubría al mundo cuando

Jacob fué sorprendido por el sueño de Bethel.

Al oír el recuerdo de Jacob, la Virgen esposa, volviendo los serenos ojos á una altura: —Desde allí, dijo, se divisa la tumba de Raquel, la esposa amada del Patriarca. ¡Madre sin ventura, murió al dar á luz á su hijo Benjamín! Allí reposa la hija del arameo Laban; madre sin ventura, no tuvo el consuelo de suspirar por su hijo, de sentir con él, de ser con él atormentada, de sobrevivirle, en fin, para llorarle con honda amargura, con dolor tan acerbo, que no lo vieran igual las generaciones que han sido, ni lo vean las generaciones que serán.

Al pronunciar estas palabras, parece que las estrellas palidecieron, que temblaron los cedros, que quiso exhalar un gemido la silenciosa y helada naturaleza.

Y los viajeros continuaban su camino



acercándose á Ephrath, y la luna proseguía su marcha promediando la carrera.

—¿Qué luz es aquella? preguntaba la esposa con entrecortado aliento.—Es la ciudad de Bethlehem, la hermosa ciudad de David, respondió el anciano.

—¡Oh! Sus puertas están obstruidas por la multitud: quedémonos aquí en este pobre establo; aquí nos guareceremos de la intemperie; la ciudad está llena de recién llegados, y en ella no caben los pobres. Me siento muy cansada; entremos, esposo mío, y cúmplase en todo la divina voluntad.

## II.

La hora del gran misterio se aproxima: las nubes, rasgándose, van á dar paso al Mesías; la tierra se abre, y el Salvador va á venir; las setenta semanas se han cumplido. La Virgen esposa que sube de Galilea, es la Virgen madre que anhelaban los siglos, que dibujaban las tradiciones, que cantaban los profetas.

Nace el Hijo de Dios, y el mundo se conturba; y en el vago rumor de la noche que declina, se perciben los encontrados ecos que pueblan el espacio desde el Oriente al Ocaso, desde el abrasado Mediodía hasta la región del hielo.

### EL PANTHEON.

Yo he dado cita á todos los dioses del Universo, y no hallo á Dios. ¿Qué extraño impulso conmueve mis altares? ¿Qué soplo desconocido hace estremecer mis cimientos?

### EL HIMALAYA.

Cuarenta siglos há que sirvo de centinela al mundo, y por mil vertientes solo he visto correr hombres, siempre hombres; la lluvia de cuatro mil años no ha podido apagar mi sed ni abatir mi frente, siempre elevada á los cielos; la luz de cuatro mil años no ha logrado mostrarme ese Dios-universo que adoran mis adoradores, y en la mitad de esta noche una gota de rocío satisface la sed de cuatro mil años, una estrella desde Belem me circunda de claridad, de claridad más pura y resplandeciente que el sol de cuarenta siglos.

### EL SINÁI.

Yo he sostenido sobre mi cumbre al que sostiene con un dedo de su mano la mole colosal de lo criado: he ardido en los resplandores de Su Majestad; su voz era el trueno, su mirada el relámpago. En este instante el cielo no relampaguea ni el trueno ruge; pero el aura de la noche trae hasta mí un vagido que se parece á aquella voz. Los collados saltan de

alegría; el Dios que legisló para un pueblo que ví apiñado á mis piés, viene á legislar para la humanidad, enseñando á los pueblos con su vida, y redimiendo á todos con su muerte.

### LA ETERNIDAD.

Yo conozco de muy antiguo á ese Niño que hoy aparece en el mundo: lo conozco desde el principio, porque es el Verbo, y el Verbo era en el principio; ántes de que yo fuese, ya era ese Niño; el Universo no había sido creado, y Él existía; llegarán á ser inmensos é incontables los pliegues de mi túnica, que los mortales llamais siglos, y Él existirá, porque Él es Dios.

### JACOB.

El báculo y el cetro han faltado de Judáh; el rey Pacífico llama á las puertas del mundo; levantaos, padres Isaac y Abraham; levantaos, hijos todos de mi casa bendecida. Un rayo de luz quiere penetrar en el seno donde yacemos; levantaos, padres Isaac y Abraham; levantaos, hijos todos de mi casa bendecida.

### IHOWAH.

Este es mi hijo muy amado.

### LOS ANGELES.

Gloria á Dios en las alturas, paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

### LOS HOMBRES.

Dios con nosotros.—*Jimmanuel.*

## III.

A muy corta distancia de Belen, camino de Oriente, junto al fúnebre monumento de Raquel, brilla una luz desconocida que ni es el resplandor de una estrella, ni es el hogar de los sencillos habitantes de Migdal Jéder. Los espíritus angélicos anuncian el nacimiento del Mesías á los pastores de aquella fértil pradera, donde se aspira el grato aroma de campo bendecido por Dios, el aroma de Jacob, cuando sobre él extendía sus trémulas manos el anciano y ciego Isaac. Los ángeles han despertado á los pastores con el resplandor de su gloria y con la armonía de su canto; y los pastores, arrobados en santo júbilo, vienen ántes que los grandes y los sábios á adorar al niño Dios.

El que puso los cimientos de la tierra y el límite de los mares, y fabricó con su mano omnipotente los cielos y la tierra, el firmamento y los abismos, ha nacido pobre y yace en un pesebre.

El que vuela en carro de nubes, y lleva los vientos por mensajeros, y por ministro el fuego abrasador; el que mira la tierra, y la

tierra se conturba de espanto; el que toca los montes y los montes humean de terror, ha nacido pobre y tiene frío.

El que vierte raudales de alegría sobre las criaturas; el que dió luz al sol y claridad á la luna y las estrellas, y plantó los cedros del Líbano donde anidan las aves que cantan sus maravillas; el que envía el rocío sobre el monte y la sierra y congrega las limpias aguas de las fuentes, y señaló cauce á los arroyos y fecundó los valles, donde crece la lozana vid y la benéfica oliva y la palma de ancha sombra; el Dios, á cuyo nombre suspira de amor la creacion entera, ha nacido pobre y tiene frío, y llora en un establo.

Pronunciarán un *fiat* sus divinos labios y brotarán palacios de mármol, y las reinas más poderosas de la tierra vendrían á mecer su cuna, y el mismo César Augusto, despojado de la púrpura, besaría el humilde polvo de la tierra.

Junto á la improvisada cuna del Mesías no hay reinas de la tierra; pero está la que ha de ser saludada Reina de los ángeles y es ya bendita entre todas las mujeres; no hay emperadores ni poderosos, pero está el anciano José, esplendente de majestad, ornadas las blancas sienes con la diadema gloriosa de la virtud; están los pastores, ricos de gracia y de humildad, cantando la buena nueva.

La buena nueva, los ecos dulcísimos de Oriente, no llegan á la capital del universo; el Señor del mundo, embriagado en la gran orgía donde se confunden los dioses y los hombres, no percibe ni siquiera el quejido que exhala dolorosamente el Capitolio; el imperio yace en las tinieblas, envuelto en sombras de muerte.

Y sin embargo, va á operarse la más saludable y santa revolucion.

El siervo será persona; la esposa no será esclava; el hijo no será objeto de propiedad. Va á nacer el derecho; la justicia amanece; la aurora de la libertad brilla en el sereno horizonte de Belen.

En aquella ruinosa estancia se halla la piedra fundamental de la humana sabiduría: diez y nueve siglos han corrido, y despues de tanta sangre y tantas lágrimas vertidas, de tanto trabajo estéril y de tanta experiencia acumulada, la humanidad confiesa que sobre la gruta de Belen puede y debe escribirse esta lacónica sentencia: «Aquí comienza el progreso.»

Diez y nueve siglos han corrido, y la fiesta de hoy ha sido siempre la fiesta de los corazones sencillos y rectos, la fiesta de las madres y de los niños. Los que no aman á las madres y á los niños son dignos de lástima, como todas las organizaciones imperfectas: carecen de corazón.



Y el gran misterio de este día habla á la vez á la inteligencia y al corazón: sumerge á la primera en piélagos de purísima luz; sumerge al segundo en piélagos de indefinible ternura.

Es el gran misterio de la sabiduría y del amor.

Por eso los montes seculares se conturban, se detiene como asombrada la eternidad, despiertan los patriarcas, los ángeles cantan, y el universo, de rodillas, puede llenar los aires con este grito de entusiasmo:

*Jimmanuel, Jimmanuel.*

S. CATALINA.

## SECCION RECREATIVA.

### LAS ÁNIMAS

POR

DON CARLOS FRONTAURA.

(Continuación.)

—¿Habrá sido herido? ¿Habrá muerto? se preguntó despues.

Y esta idea oprimió su corazón y llenó sus ojos de lágrimas, como si se tratara de su hermano, de su mismo padre.

Preguntó á los soldados que habian empezado á recoger heridos, á los médicos, á las hermanas de la Caridad, pero en vano, porque nadie habia visto á Andrés.

Con permiso de su jefe, y con una linterna en la mano, sin tomar alimento, ni un instante de reposo, salió Juan á recorrer el campo, resuelto á no volver sin haber hallado á su compañero, aunque para ello tuviera que correr mil peligros.

En el momento en que emprendia aquella nobilísima accion, las cornetas tocaban á la oracion; era la misma hora en que habian salido juntos de su pueblo natal Andrés y Juan.

Juan se arrojó un momento junto al cadáver yerto de uno de sus compañeros de armas, y rogó al Todopoderoso por su hermano Andrés.

Y en medio de las sombras de la noche, que triste y sombría, como lo es siempre despues de un día empleado por los hombres en destruirse, tendia su fúnebre manto sobre aquel campo de horror, comenzó á reconocer los cadáveres uno por uno.

VI.

Juan buscó en vano durante algun tiempo el cadáver de su amigo, y sin embargo, éste se hallaba entre los cadáveres de los víctimas de la lucha.

En un arroyo habian caído siete ú ocho va-

lientes, y un cobarde, que era Andrés. Aturdido, arrastrado hasta allí por la imperiosa ley de la necesidad, temeroso de que al verle huir le diese muerte alguno de sus mismos compañeros, recibió una herida de poca gravedad, siendo el primero que cayó en el arroyo, donde cayeron bien pronto sin vida sus hermanos de armas. La sangre que perdió el desdichado, la humedad del arroyo, el miedo supino que le embargaba, y la dificultad con que respiraba bajo el peso de los cadáveres de los demás, eran motivos suficientes para agravar su estado, y cuando Juan, que hasta entonces no habia visto los cadáveres en el arroyo, y que ya empezaba á sospechar que el enemigo se habia llevado prisionero á su amigo, —que todavía se resistia á creer que habia huido en el momento del combate,—descubrió el cuerpo de Andrés, éste presentaba toda la apariencia de un cadáver.

Era aquel un cuadro digno de Miguel Angel y de Rembrand. La noche, más oscura y sombría que nunca, la naturaleza cubierta de luto y como horrorizada de la guerra de los hombres, las aves de rapiña cerniéndose sobre aquel campo de la muerte y descubriendo con la sangrienta mirada el sitio donde más cadáveres habia, para lanzarse sobre ellos y devorar aquellos corazones que algunas horas antes latian llenos de vida, de entusiasmo y de esperanza, y un soldado, cubierto de polvo, lodo y sangre, inclinado sobre los cadáveres, acercando la linterna á los inmóviles, desencajados rostros de los mismos á quienes el día antes habia oído hablar de sus ancianas madres y de sus amores, y que con él los habia visto arrojar á la pelea, al grito de *¡Viva España!*

Y cuando despues de sacar en sus brazos uno por uno los cadáveres que habia en el arroyo, descubrió en el último á su amigo Andrés, á su pobre hermano, á quien tanto amaba, y de quien nunca se habia separado, lloró el valiente Juan como un niño que se ve perdido y abandonado, maldijo de su suerte, y se reprochó como el mayor de los crímenes haberse apartado de Andrés en el momento del combate, y cargó sobre sus hombros el cuerpo rígido y frío que creia cadáver, y con él se dirigió al sitio donde se hallaba uno de los médicos encargados de reconocer los cadáveres ántes de que se les diera sepultura.

Andrés no estaba muerto.

Imposible sería imaginar la alegría de Juan. Abrazó al médico, abrazó á todos los soldados que halló al alcance de sus brazos, abrazó y besó á Andrés, que aunque estaba vivo, segun decia el médico, y era, en efecto, verdad, no daba para los profanos á la ciencia señal alguna de vida; lloró y rió al mismo tiempo, y pasado este primer momento de ex-

pansion, y avergonzado de no haber dado todavía gracias á la Providencia, á quien debia la vida de su hermano de la infancia, se arrojó humilde en aquel suelo enrojecido por la sangre de sus compañeros de armas, oró fervorosamente, y pidió al Todopoderoso conservase la vida de Andrés, á quien el médico habia declarado en peligrosísimo estado, y despues, sin descansar, sin dormir un momento, se instaló á la cabecera del lecho donde habia sido colocado Andrés, y allí pasó la noche, fijos los ojos en el rostro de aquel infeliz.

—Si la Providencia hace un milagro, decia, y salva á mi pobre amigo, si al abrir los ojos me ve á su lado, cuidándole cariñosamente, entonces sí que se modificará su carácter; entonces sí que comprenderá que no reina en el mundo el egoismo, y que el amor al prójimo y la caridad son los dos grandes placeres, los dos grandes consuelos que hacen tranquila y fecunda la vida del hombre; entonces sí que tendré yo la dulce satisfaccion de oírle rezar y volver los ojos á Dios, que tan misericordioso habrá sido con él, y entonces sí que lograré que mi amigo, mi hermano, el que ha nacido en el mismo sitio que yo y conmigo ha pasado los años de su juventud, y conmigo ha entrado en esta vida militar, me ame como yo á él, y no me trate con ese desvío, con esa reserva con que hasta ahora.

(Se continuará.)

## SECCION POÉTICA.

### EN EL ANIVERSARIO

de la inauguración en esta corte de la escuela dominical, bajo la advocación de San Vicente Ferrer.

ODA.

Ya un lustro se ha cumplido,  
que para dicha nuestra  
en la corte de España  
se estableció esta escuela.

Plantel de bendiciones,  
que florece y prospera,  
como frondosa palma  
del Betis en la vega.

¿Qué mucho, si la escuda  
con su amparo y tutela,  
el español apóstol,  
el hijo de Valencia?

Como pobre arroyuelo  
que brota de las peñas,  
humedeciendo manso  
la vecina pradera,

Ella nació algun día  
tan humilde y modesta,  
que el malicioso mundo  
la descubria apenas.

Hoy caudaloso río,  
ya fecundiza y riega  
de la virtud naciente  
flores puras y bellas.



Contad, si os es posible,  
las rosas y azuleños,  
que en Aranjuez su cáliz  
abren en primavera,

Y contareis entonces  
las jóvenes honestas  
que este sagrado asilo  
á porfía frecuentan.

Asilo en que cien damas  
las educan y enseñan,  
con su ejemplo y lecciones,  
virtud santa y austera.

Señoras bondadosas,  
que con su mano alejan  
de inminentes peligros  
á la casta inocencia.

Loor á sus afanes,  
que el cielo remunera  
multiplicando el fruto  
de sus nobles tareas.

Tareas envidiables,  
pues un día con ellas  
aumentarán sus lauros  
el estado y la iglesia.

¿Veis esa muchedumbre  
de discípulas tiernas,  
que en esta santa casa  
hoy día se congregan?

Pues cuando sean madres,  
como Sará y Rebeca,  
guiarán á sus hijos  
de virtud por la senda.

Y Dios, cual tierno Padre,  
dará su recompensa  
á las buenas alumnas,  
á las dignas maestras.

GASPAR BONO SERRANO.

## MISCELÁNEA.

### EL PADRE SANTO.

«El cólera, dicen las últimas noticias, no se aleja de la ciudad Eterna. El viernes de la última semana

hubo sesenta casos solo en el Borgo y en los alrededores de Apolo. Los periódicos nos hablan de un re-erudimiento que ha tenido allí la epidemia. El Papa, sin embargo, el Papa, que todos los años se retira por este tiempo á su casa de recreo de Castell-Gandolfo, buscando un clima más conveniente á su salud que lo es el de Roma durante el verano, el Papa, repetimos, permanece este año en la ciudad infestada, y permanece precisamente porque reina en ella la epidemia; y no se reduce á vivir allí encerrado en su palacio del Vaticano é incomunicado con su pueblo, sino que sale todos los días á pesar de su ancianidad, recorre los barrios pobres más azotados por el cólera, entra en las casas de los enfermos menesterosos, los consuela á la cabecera del lecho, los socorre personalmente, y como buen pastor, no titubea en exponer su propia vida por la salud de sus ovejas.»

Esa noble, cristiana y admirable conducta, asegura á Pio IX el amor y la veneración del pueblo, que no podrá olvidar nunca sin incurrir en criminal ingratitud, que en sus momentos de angustia y de terror tuvo á su lado á ese venerable anciano compartiendo con él los peligros de la epidemia, consolándole y socorriéndole. En las bendiciones del pueblo romano encontrará el Vicario de Jesucristo una dulce recompensa de su ardiente caridad y su abnegación sublime.

Seamos lícito abrigar la esperanza de que no cueste la vida á Pio IX su celo evangélico.

La reina viuda de Nápoles, que ha fallecido hace poco del cólera en Roma, ha dispuesto que su cuerpo sea enterrado con el de su hijo en una iglesia de Nápoles, cuando esto pueda realizarse, y entretanto permanecerá en el cementario de Albano. La reina deja una fortuna considerable, y ha tenido el buen gusto de igualar á sus hijos con los del primer matrimonio del rey de las Dos Sicilias, atendiendo á la situación difícil que atraviesa hoy Francisco II y su esposa la reina Sofía.

El desgraciado rey de Nápoles está completamente repuesto de su ataque de cólera, pero profundamente triste ante las catástrofes que sucesivamente han caído sobre su familia.

La princesa de Colonna, antes de Alvarez de Toledo, y de la familia, como hemos dicho, del marqués de Villafranca, era muy querida de la emperatriz Eugenia. Se hallaba en la flor de su edad y murió en casa de la princesa Cesarini, cuyo hijo debía casarse con su hija primogénita, que también ha muerto.

Ambas se hallan enterradas en el cementerio de Genzano, de donde se trasladarán más tarde sus cadáveres á Roma, para ser depositados en el panteón de los Colonnas, en la iglesia de los Santos Apóstoles.

El señor Luna prepara la publicación de la obra que ha escrito, titulada *Historia de los principales monasterios y santuarios de España*.

El día 2 se inauguraron las sesiones del Congreso católico de Malinas, en Bélgica. Entre otras celebridades, concurren á él Montalembert, Faullot y el obispo de Orleans.

Según escriben de Roma el 30 de Agosto, decíase allí que á mediados de Setiembre habrá un Consistorio para nombrar al nuevo Camarlengo de la Iglesia. Esta dignidad es la principal del Sacro Colegio, pues al morir el Papa, el Cardenal Camarlengo gobierna el Estado. Según rumores, el nuevo Camarlengo será el Cardenal Patrizzi, y Obispo de Albano el Cardenal Di Prieto.

El Padre Cornelli, compañero del Padre maestro del Palacio Apostólico, había sido condenado por el tribunal á un año de detención, por haber abusado de su poder, haciendo imprimir y distribuir en Roma un folleto en favor del Cardenal Andrea. El Padre Gigli, que á consecuencia de esto ha presentado su dimisión, ha sido reemplazado por el Padre Spada, y el Padre Cornelli por el Padre Salini.

En esta correspondencia se añade que la salud del Papa es excelente, y que el día de la fiesta de San Luis, rey de Francia, estuvo en la iglesia nacional francesa, llenando las calles del tránsito un numeroso gentío.

En breve va á comenzar la publicación de una magnífica novela bíblica, titulada *Maria Magdalena*, ilustrada con preciosos grabados. Recomendamos esta obra notabilísima á nuestros lectores.

El Padre Félix, célebre predicador universalmente conocido, acaba de ser nombrado por el gobierno francés, Superior del convento de jesuitas de Nancy.

El Museo Católico va á publicar un sermonario completo, con sermones de oradores españoles y extranjeros, que serán los más selectos, y aquellos que más pueden servir al clero por su fondo y por su forma.

### GEROGLIFICO.



# EL EPISCOPADO ESPAÑOL.

## GALERÍA BIOGRÁFICA CONTEMPORÁNEA,

QUE COMPRENDE

Á TODOS LOS RR. ARZOBISPOS Y OBISPOS QUE OCUPAN EN LA ACTUALIDAD LAS SILLAS DIOCESANAS

DE

### ESPAÑA Y SUS POSESIONES.

Estamos preparando los trabajos necesarios para emprender muy en breve la publicación de esta interesante GALERÍA, que nos proponemos dar á luz en las columnas de EL MUSEO CATÓLICO, como una muestra de nuestro incesante celo por elevar esta publicación á la altura á que por su objeto la corresponde.

Cada número de EL MUSEO contendrá una extensa biografía y un magnífico retrato en madera, correspondiente á uno de los ilustres prelados españoles que gobiernan actualmente nuestras diferentes diócesis eclesiásticas, llegando de este modo á constituir una obra completa, cuyo interés, para nuestros suscritores excusamos encarecer.

Esperamos empezar muy en breve, como hemos dicho ántes, la publicación de tan importante GALERÍA.

## EL MUSEO CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO ILUSTRADO

PUESTO BAJO LA PROTECCIÓN ESPIRITUAL DE S. S. EL SUMO PONTÍFICE

Sale á luz desde el mes próximo en los días 8, 16, 23 y último de cada mes.

Constará cada número de un pliego en folio, que compone ocho páginas á tres columnas, ilustradas con magníficos grabados, representando vistas, monumentos, retratos, episodios históricos, atributos, solemnidades religiosas, y todo, en fin, cuanto tenga relación con el culto católico.

### PRECIOS.

|  | Trimestre. | Semestre. | Año. |
|--|------------|-----------|------|
| EN MADRID. 4 reales al mes.                        |            |           |      |
| PROVINCIAS. { Directamente á la Administración. 14 | 26         | 50        |      |
| { Por medio de los comisionados..... 15            | 29         | 56        |      |
| EUROPA..... { Giro directo, francos..... 5         | 9,50       | 17,50     |      |
| { Por comisionado, id..... 5,30                    | 10,50      | 20        |      |
| ANTILLAS... { Directamente. ps. fs..... "          | 2          | 4         |      |
| { Por comisionado, id..... "                       | 2,12       | 5         |      |
| AMÉRICA Y { Por giro, ps. fs..... "                | "          | "         | 6    |
| OCEANÍA. { Por correspondencia, id..... "          | "          | "         | 7    |

Administración, Hileras, 4, bajo.

MADRID. 1867.—Imp. de D. C. Frontaura, Hileras, 4, bajo.